

Asíole por la garganta,
Y así en voz ronca le dijo,
Que la cólera le ahogaba :
« ¿Y yendo tu rey aquí,
Voto á Dios, porqué no hablaste,
Si con ocasion te hallaste
Para obrar con él así? »
Soltóse Blas de la mano
Con que el rey le sujetaba,
Y señalando al difunto
Repuso tras breve pausa :
« Mató á mi padre, señor,
Y el tribunal por su oro
Privóle un año del coro,
Que en vez de pena, es favor.
— Y si vende el tribunal
La justicia encomendada,
¿No es mi justicia abonada
Para quien justicia mal?
— Cuando el miedo ó la malicia
(Dijo Blas) tuercen la ley,
Nadie se fia en el rey
Medido por su justicia. »

Calló Blas, y calló el rey
A respuesta tan osada,
Y los ojos de Don Pedro
Bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
Y al fuego de sus miradas,
De aquellos en quien las puso
Palidieron las caras.
Temblaron los mas audaces,
Y el pueblo ansioso esperaba
Una esplosion en Don Pedro
Mas recia que sus palabras.
Rompió el silencio por fin,
Y en voz amistosa y blanda
El interrumpido diálogo
Así con el mozo entabla :
« ¿Qué es tu oficio?
— Zapatero.
— No han de decir, vive Dios,
Que á ninguno de los dos
En mi sentencia prefiero. »
Y encarándose Don Pedro
Con los jueces allí que estaban,
Dando un bolsillo á Blas Pérez,
Dijo en voz resuelta y alta :
« Pesando ambos desacatos,
Si con no rezar cumple él
En un año, cumples fiel
No haciendo en otro zapatos. »

Tornóse Don Pedro al punto,
Y brotó la turba osada

Murmillos de la nobleza
Y aplausos de la canalla.
Mas viendo el rey que la fiesta
Mucho en ordenarse tarda,
Echando mano al estoque
Dijo así ronco de rabia :
« La procesion adelante,
O meto cuarenta lanzas
Y acaban, voto á los cielos,
Los salmos á cuchilladas. »

*Y como consta á la iglesia
Que es hombre el rey de palabra,
Siguieron calle adelante
Palio, pendones y mangas.*

LEIDOS POR LOS ACTORES

EN EL TEATRO DEL PRINCIPE

en los dias 6 de setiembre y 11 de octubre de 1839.

HERMANOS COMO ESPAÑOLES.

Hartas, ¡oh pátria! lágrimas corrieron,
De sangre fraternal hartos arroyos,
De hartos valientes el sepulcro fueron
Charcas estensas, y profundos hoyos.

Hoy que calmada la sangrienta lucha
Tremolan á la par ambas banderas
Blando suspiro enderredor se escucha,
Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados
Há largo tiempo reventar querian,
Mas en la lid los ojos ocupados
A vista de la sangre no podian.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,
Y ya amigos y libres ciudadanos
La sangre de esas lizas olvidemos
Que quema el corazon, mancha las manos.

LIBRES COMO ESPAÑOLES.

Libres tambien como nosotros eran;
No mas su mengua tolerar pudieron,
Y hélos aquí que con orgullo esperan
Bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos de matar dolidos,
Libres tended las callecidas manos,
Que no hallareis traidores escondidos
Tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,
Aquí la pátria y religion y leyes;

Que aquí igualmente repartir sabemos
Libertad á los pueblos y á los reyes.

GENEROSOS COMO ESPAÑOLES.

No hay mas que un pabellon y una bande-
Un sol alumbrá, un idolo se adora; [ra;
La frente ante él humillan altanera
Ambas huestes vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea,
Tumba á entrambas comun dió la montaña,
De ambas la sangre con honor se orea,
Que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas al fin de libertad reciben
Sin mengua ni mancilla el blando yugo,
Ambas con leyes fraternales viven,
Y donde no hay traicion sobra el verdugo.

Venid, hermanos, á la par nacimos,
Al par dejamos la contienda fiera :
¿ Quereis mas...? olvidamos que vencimos.
No hay mas que un pabellon, y una bandera.

Aquella antigua raza de valientes
Cuyo brio español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes,
Los que sus velas por la mar tendieron,
Dando á otro mundo religion y reyes,
Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error como nacidos
En contienda civil se desgarraron,
Ellos solos en bandos divididos
Después que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
Por arreglar nuestras contiendas fieras
Harto como valientes combatimos,
Pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra
De nuestras flores las silvestres calles,
De nuestras mieses la pajiza alfombra,
Y el verde pabellon de nuestros valles.

Que vale mas gozar en la pobreza
Paz que á fuerza de sangre nos compremos,
Que á otro pedir con criminal perez
La libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos! raza de valientes
Cuyo brio español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que huyeron en Clavijo y en Lepanto,

No olvideis que por premio merecido
Esos *extraños* de la paz carcoma

Querrán lo que salvar hemos podido
De las garras hipócritas de Roma.

No mas de sangre bajarán teñidos
Los manantiales que la cumbre brota
A contar á los pueblos afligidos
En cada infausto triunfo una derrota.

No mas luchando con el rudo viento,
De cuervos roncacos agorero bando,
Vendrá á mecerse donde el són violento
Del cóncavo cañon le esté llamando.

No mas al rayo de amarilla luna
Vagarán por la noche en la montaña
Las sombras de los héroes sin fortuna
Que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
Cuando la vida por su pátria dieron;
La gloria y el sepulcro que compraron
Cuando á los piés de su pendon cayeron.

¡Victimas santas! Sombras doloridas
Que insepultas dormís en la llanura,
Ya á través dejan ver vuestras heridas
Un sol de libertad y de ventura!

Ya podeis sin temor á la vergüenza
Alzar los ojos del sangriento caos;
No queda ya quien huya ni quien venza :
¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receleis que al levantar la frente,
Tras rota peña ó desplomado muro
Quede algun campesino irreverente
Que os aseste traidor plomo seguro.

Alzaos, sí : la paz de que gozamos
Nosotros solamente nos la dimos,
No de estrangera grey la mendigamos,
Que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,
Nuestra es la santa ley que obedecemos;
Grande ó mezquina nuestra gloria sea,
Obra fué nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atrás las lises de la intrusa Francia!
¡Atrás los mercaderes de Inglaterra!
Mientras valor nos quede y arrogancia
No ha de faltarnos libertad, ni tierra (1).

(1) Esta última composicion fué prohibida por el ayuntamiento antes de ser leida. ¡Es que somos hoy muy españoles y muy atrevidos!

A LA LUNA.

Bendita mil veces la luz desmayada
Que avaro te presta magnífico el sol;
Bendita mil veces ¡oh luna callada!
Tu luz que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
Que el mundo en silencio visitando vas,
Esposa que viene constante á la urna
Que guarda los restos del bien que amó mas.

En buen hora vengas, amante Lucina,
En pos de tu bello dormido Endimion,
Zelosa asomando la faz argentina
Por ese estrellado y azul pabellon.

¡Oh! miente quien dice que velas traidora
Cubriendo del crimen el réprobo afan,
Que aguardan inquietos tu luz bienhechora
Los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca
Que trémula vierte siniestra su luz
En bóveda impura dó nunca se aplaca
El alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbraba maldita
Las manchas de sangre de regio panteon,
A cuyos reflejos soñando se agita
Aun de ella sedienta rabiosa vision.

No, no eres la hoguera del gran cementerio
Que guarda el del mundo secreto final,
Que en esa morada de sombra y misterio
Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
Que hierven, y turban la sombra dó quier;
No vienen contigo las nieblas odiosas
Que doblan el ruido, y nos roban el ver;

No vienen contigo los vagos ensueños
Que acosan y hieren el ruin corazon,
Las torvas fantasmas de tetricos ceños
Que cruzan los aires en pos del turbion.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
Cual blanca creencia de casta niñez,
Cual ángel que espía la triste plegaria
Que eleva al empireo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
Fanal de consuelo, de paz y de amor,
En alas de suave balsámico viento,
Que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
Las lindas quimeras de antiguo placer,
Las sombras queridas que alegre retrata
La mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
Los besos que espiran del labio al salir,
Las bellas historias de efimeras cuitas
Dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
La seña embozada con una cancion
Que atrae á los ojos osados y amantes
Un rostro que aguarda la seña á un balcon.

Y vienen contigo las dulces memorias,
La audaz esperanza, la gloria inmortal,
Fantásticas luces que van ilusorias
Al soplo espirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,
Fanal misterioso, delante de tí!
Suspiran las fuentes, el rio murmura,
Aquí te gorgean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
El bosque se puebla de sombras de paz,
Y el aire sonidos dulcísimos llenan
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! cuántas veces tu luz ha alumbrado
Mi larga vigilia, mi breve ilusion;
¡Luna! cuántas veces con ella ha sonado
Perdida en el viento mi triste cancion.

Y aun cuántas veces allá todavía
En playas remotas tal vez sonará.
Entonces ¡oh luna! la cítara mia
¿Qué oido en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
Que ciñe del ancho desierto el lindal
Responda á mis voces un ave salvaje
Huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso
Tu pálida imagen por él seguiré;
Tal vez con las ondas del mar proceloso
Mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten
Por entre el ardiente confuso cristal,
Verán sin que nunca sus fuentes se agoten
Huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna! si esa noche de angustia llegara,
Si huyera esquivando mi pueblo español,
¡Luna! mas valiera que el sol te prestara
Un rayo que apague mi gloria y mi sol.

Mas no, clara y celeste peregrina
Luz de los bosques, de los tristes luz,
A cuyos rayos el amor camina
É invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
Amiga del cantar del trovador,

HORIZONTES.

I.

Lanzó al mundo en mitad de las tinieblas
El soplo del Señor, y empezó el mundo
A rodar en un piélago de nieblas
Cercado del silencio mas profundo.
Miró la creacion el que la hizo,
Mas no le satisfizo;
Y rasgando sus negras colgaduras
Sacudió con su planta el firmamento;
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,
Y el sol se derramó por las alturas.

II.

« Tú girarás, le dijo, eternamente;
Cuatro estaciones marcarás iguales,
Y será tu fanal resplandeciente
La sombra de mis ojos inmortales. »
Giró el sol, y á su vista alborozado
El mundo iluminado
En himno universal rompió sonoro,
Y cuanto tuvo un soplo de existencia
Exhaló sonoro en su presencia
Música dulce en acordado coro.

III.

Mecióse el mar con colosal murmullo,
El viento resonó por las montañas,
Murmuró el bosque soñoliento arrullo,
É hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron sus cánticos las aves,
Armoniosos y graves
Dos acentos del hombre resonaron,
Y con notas mas roncadas y severas
Su voz alzaron sin compás las fieras,
Y los ecos salvajes la imitaron.

IV.

Fuente de luz y manantial de vida,
El sol fecunda nuestra madre tierra,
Y en arroyos al llano convertida
Vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan á su calor yerbas y flores,
Sus manchas y colores
Da á cuanto dora con su lumbre pura,
Y mil insectos que las auras hienden
A separar solícitos atienden
Del sémen virgen la semilla impura.

V.

Mas ó vacilan mis cansados ojos,
O yo he visto en oriente y en ocaso
Lagos de sangre cuyos pliegues rojos
Al sol alfombran el gigante paso.

Tú que refrezcas el modesto broche
Que á tu luz plega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,
Grandes como tu Dios y como tú,
Como esos que del cielo luminares
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
El fuego del profeta que lloró
El peligro de Pérgamo y Thyatira,
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
Cuya rápida y trémula ilusion
Pinta el mar, y el arroyo y la laguna
En vistosa y flotante aparicion:

De cuya imagen en redor tranquila
Allá en bosques de conchas y coral
De errantes peces multitud se apila
Que te besan tu imagen de cristal;

Tú á quien un ángel invisible guía
Y millares de estrellas van en pos,
Tú me darás palabras de armonía
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
Que, del bosque en la oscura soledad,
En brazos de un mortal busca profana
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
De ese bello y perdido cazador
Que los valles audaz cerró seguros
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera
Tan solo por tu tibia brillantez,
Y no veo en tu espléndida carrera
Mas que la mano del eterno juez.

Surca, ¡oh luna! esos techos de topacio
Que él te señala por camino á tí,
Mientras que preso en reducido espacio
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta
Creo en el Dios á cuyo soplo fué
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
Cuanto no he visto ni jamás veré.

¡Ah! cuando el mundo en su erial desierto
Me dé un lecho de tierra en que dormir,
Y vayan presa del destino incierto
Conmigo mis cantares á morir,

¡Oh luna! si en mi túmulo no brilla
De humana gloria la estinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz.

Y jamás comprendió mi entendimiento
El misterio sangriento
Que ese color del horizonte vela :
Y por mas que lo pienso y lo medito
Nada el arcano que conserva escrito
Ese renglon de sangre me revela.

VI.

He visto al sol posarse en el oriente
Al derramar su esplendorosa lumbre,
Y le he visto posar en occidente
Al trasponer la postrimera cumbre.
Magnífico á su vuelta y su partida,
Su marcha y su venida
Mudo y absorto cada vez contemplo :
El recoge sus rayos ó los suelta,
Y siempre á su venida y á su vuelta
De Dios concibo al universo templo.

VII.

Sí, siempre posa un punto en el oriente
Y otro punto al doblar la última cumbre,
Mas siempre ciñe en su alba y su occidente
Banda sangrienta su radiante lumbre.
Entrambos los crepúsculos clarean
Mientras al sol rodean
Ráfagas anchas de color sangriento,
Y al irse y al venir, su última tinta
Ese triste color siniestro pinta
En el confín del azulado viento.

VIII.

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje
En los remates de la luz prendido?
¿Un torbellino no hay que le desgaje
Si á alcance de los vientos va prendido?
Si es un vapor que se desprende lento,
Espeso y turbulento
De la esencia del sol, ¿en su camino
No hay solicitado un ángel cuyo brazo
Arranque de la luz ese pedazo
Que mancha al sol su resplandor divino?

IX.

Si es de los aires ilusion dudosa
Que la distancia en el azul suspende,
¿Porqué no pinta su ilusion de rosa,
Y no ese rojo pabellon que ofende?
¿Necio de mí, gusano de la tierra,
Que quiero lo que encierra
Saber el mundo en su invisible centro
Y demandó á su autor omnipotente,
Cuando nací á adorarle solamente,
Y para amarle por dó quier lo encuentro!

X.

Al hundirse la luz detrás del monte
Sorbida entre las nubes y las breñas,
Lumbre vomita el trémulo horizonte,
Que en sangre tiñe las enormes peñas.
Faja de sangre, inmensa banderola
Que en su alcázar tremola
El que hizo el mundo de ceniza vana,
Cual rojo lienzo que pirata osado
Desplega ante el bajel atribulado
Que á todo trapo por huir se afana.

XI.

Que era el sol un espejo trasparente
Donde el Señor su creacion veía,
Y desde él derramaba omnipotente
Dulce vida de amor y de armonía.
Y hubo un instante en que amoroso quiso
Al hombre abrir su santo paraiso
Tras aquella existencia de ventura;
Mas á Dios usurpando su derecho
De deshacer lo hecho,
Sangre vertió la necia criatura.

XII.

La tierra se manchó : Dios indignado
Quitóse del cristal, y su reflejo
Con los ojos de Dios iluminado,
Pintó la mancha y sombreó el espejo.
Volvió asimismo Dios al sol mandando :
« Tú seguirás rodando ;
Su raza alumbra, y que lidiando crezca,
La tierra empape con su sangre impura,
Mas cuando quede con la sangre oscura
No la reflejes mas, y que perezca. »

XIII.

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
Y al rudo golpe que sus puertas dieron
La madre tierra con impulso vario
Monstruos sedientos de matar cubrieron.

XIV.

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises
De sangre á Egipto con furor regaron ;
Alejandro, Conon, Jerges y Ulises
En sangre á Grecia sin piedad bañaron ;
Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma,
Y en Roma, que desploma
Sus legiones dó quier, y ansiosa apila
Montones de coronas sin cabezas,
Metió á pisar su gloria y sus grandezas
Su negro palafren el torvo Atila.

XV.

¡Y eso es la gloria y las hazañas eso !
Los héroes nacen, y la tierra tinta
Por dó queda su pié con sangre impreso
La negra mancha en el espejo pinta.
Venid, guerreros, degollad sin tino,
Que el sol va su camino
La luz menguando sin cesar siguiendo,
Y cada estátua á vuestra gloria alzada
Es una sombra que la luz menguada
Del moribundo sol va carcomiendo.

IMPRESIONES DE LA NOCHE.

Hay pensamientos que en la mente viven
En un rincon de la memoria echados,
Cual los insectos que su sér reciben
De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquellos
Al soplo de una brisa se levantan,
Crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos
Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fé contrarias,
Vagas visiones de la noche umbria,
Bullir las vemos en la niebla fria,
Nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria
Silenciosa mansion, gracias postizas,
Y que reciben faz, cuerpo é historia,
En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
Y con murmullos infinitos suenan,
En las alas del viento van livianas,
Y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras!
Paso dejad al noble pensamiento,
Que anhela respirar auras mas puras
En el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora,
Hacerle por el miedo tu vasallo,
Como al són de la fusta cimbradora
Ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones :
Si el corazon cobarde os dió aposento,
Hoy necesitada, imbéciles visiones,
Todo mi corazon mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella
Turbar al corazon que en paz reposa ;
Mas de la noche en el poder se estrella
Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! mis ojos en su azul tendidos
La paz que le robais otra vez hallan,
Y en los misterios de la fé perdidos
Vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía
A la influencia celestial acudo,
Y de la noche silenciosa, umbria,
La solitaria inmensidad saludo.

I.

¡Salve! tienda magnífica colgada
De polo á polo sobre el aire manso
Del caduco universo destinada
A proteger el funeral descanso.
¡Salve á quien mora en la escondida altura
Detrás de esa estrellada colgadura !
¡Salve á quien vela el agitado sueño
De esos gusanos que, á sus piés tendidos,
Manchan con sus alientos corrompidos
La orla imperial del manto de su dueño!

II.

Sí, que á mis ojos se resiste en vano
De la insondable eternidad el velo,
Y yo veo, Señor, tu inmensa mano
Tras el azul del trasparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
Infinito el abismo de tu ciencia,
Infinito tu sér, y tú infinito,
No HAY MAS QUE tú; y tu soplo poderoso
Que anima el mundo presta generoso
Vida á la alma virtud, vida al delito.

III.

Que tú amasando el polvo de la nada
Con tu suprema voluntad un día
Diste al hombre esta espléndida morada,
Igual para el que fué y el que sería.
« ¿Quieres vivir? — tu aliento es el espacio.
¿Quieres tener? — el orbe es tu palacio.
¿Quieres mandar? — al señalarlo nombre
Puedes gozarlo é invadirlo todo.
Yo que á mi gloria te saqué del lodo
Fé y libertad te doy, » dijiste al hombre.

IV.

Y el hombre fué; y el hombre envanecido,
Olvidando al Señor que le formara,
No partió por igual lo recibido,
Se armó insolente y le volvió la cara
Oidos dando al corazon villano,
El hermano lidió con el hermano,
El hijo con el padre en torpe guerra
El alma en las entrañas se buscaron,

Y uno de otro en la sangre se bañaron
Por un plé mas de la heredada tierra.

V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
Ingrata viendo á tu mejor hechura,
Sobre el mundo tendistes ofendido
La espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante
Empuñaste las bridas de diamante,
Tus caballos de fuego se lanzaron
Por el espacio, y caminando á oscuras
El choque de sus recias herraduras
Miles de estrellas en su azul brotaron.

VI.

Al ceño de tu cólera divina
Los mundos con pavor se estremecieron:
Confundióse su esencia peregrina,
Y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
Las ondas de la mar, y desbocado
En hombros cabalgando de las nieblas
Su pedrisco dó quier vertió sin tino,
Y borrando los lindes del camino
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII.

¿Quién osará, Señor, en la memoria
La idea renovar de tu honda ira?
El mundo sabe la tremenda historia,
Y aun al mentarla de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando,
Seguías tú la creación cruzando,
Sin término, ni objeto, ni vereda,
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,
Y las nubes errantes reventaban
De tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII.

Todo cayó á tus piés; todo en pedazos
A volver se aprestó á su antigua nada;
Pero su polvo tropezó en tus brazos,
Y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
Y al ver que de tus ojos las centellas
Lo iban todo á incendiar, compadecido
La noche hicistes, que tendió en el cielo
Su pabellon azul de terciopelo
Que en medio del zenit quedó prendido.

IX.

Tras él está velando tu pupila:
Mansa tras él la creación pasea.

Y el universo de terror vacila
A su gran resplandor si pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
El oriente y ocaso se arrebolan
Con sus puros y espléndidos colores,
Y á su dulce calor se alza indecisa
La perfumada y soñolienta brisa
Que susurra en la yerba y en las flores.

X.

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
Que ante los ojos de tu Dios colgada
La lumbre de sus ojos te ilumina
Sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
Que es tu manto de rica argentería
Prenda de que nacimos sus vasallos,
Que al salpicarte Dios con tus estrellas
Nuestro orgullo alumbró con las centellas
Que brotan de los piés de sus caballos.

FÉ.

I.

« En manos del placer adormecido,
Sin otro porvenir que los placeres,
El oro y las mugeres
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.
¡Lindas quimeras de mi edad pasada
Que me dejais el alma emponzoñada!
Decid, ¿dónde habeis ido? »

« Lancéme á los deleites avariento,
Gocé con ansia y apuré su hartura;
Mi Dios y mi ventura
Asentó en el placer mi pensamiento.
Otro esperar mi corazón no quiso;
Y hoy ¿dónde hallar el dulce paraíso
Que edificué en el viento? »

« ¿En dónde estás, riquísimo tesoro
De placer y de amor, lánguida Elvira,
Con cuyo amor respira
Mi corazón, y cuya sombra adoro?
Elena, Inés... bellísimas traidoras,
¡Ay! ¿qué habeis hecho de mis dulces horas
Y mis montones de oro? »

« ¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,
Solo afán ¡ay de mí! con que he vivido,
Solo Dios que he creído?
Fé de mi juventud, delirios bellos,
¿Qué he de creer ni de esperar ahora
Que tornándose van hora por hora
Mas blancos mis cabellos? »

« ¿Y dó encender la lámpara apagada
De mi dudosa fé, dó ir por consuelo,
Si yo del santo cielo
En el escrito azul no sé leer nada?
¡Si en su vieja impiedad endurecida
No ve tras dél el alma envilecida
Su fin y su morada! »

« ¡Imposible creer! pero ¡ay! ¡cuán duro
En duda pertinaz ir caminando
Sin creencia esperando
Un negro mas allá nunca seguro!
¡Ay del que nada cree y en nada espera,
Y no encuentra una luz que alumbre fuera
De caos tan oscuro! »

« No, no me sé amparar del cielo santo,
Que perdon no tendrá tanto delito:
Del castigo infinito
Si me le atrevo á imaginar me espanto.
¡Mejor es no creer! Triste es la duda,
Mas no hay puerto mejor adonde acuda
Por entre escollo tanto. »

Así pensó el ateo, ¡y cuán en vano!
Que al olvidar su celestial esencia
De la tenaz conciencia
Dentro del corazón sintió el gusano.
Tornóse al cielo en su árida agonía,
Mas nada en él deletrear sabía
Su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,
Que oye elogiar el resplandor del cielo
Y no le es dado desgarrar el velo
Que ante sus ojos á la luz resiste,
¡Mira! le dicen, y en su audaz deseo
Tórnase á ver y esclama: ¡nada veo!
Desesperado y triste.

« ¡Mejor es no creer! » Y abandonado
Sin esperanza en brazos de sí mismo
Por el oscuro abismo
De la duda fatal va despeñado:
« ¡Mejor es no creer! » Y en su agonía
Siente que llega el postrimero día;
Y ¡ay del si se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!
¡Ay del palacio que las aves moran!
Y ¡ay de los siervos que piedad imploran
Cuando en presencia del Señor parecen!
Y ¡ay! ¡ay de los que cruzan el desierto,
Y no conocen el camino cierto,
Y en la mitad del arenal perecen!

II.

Espíritu blanco y puro
Que con tu fanal seguro

Por el lóbrego recinto
Del mundano laberinto
Mis pasos guiando vas;
Ángel que invisible velas
Mi existencia, y me consuelas,
Y en la noche sosegada
A la orilla de mi almohada
Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa
De mi mente calurosa
Benigno apartas y atento
El mundano pensamiento
Y la torpe tentación,
¡Ay! ¡nunca de mí te alejes,
Nunca en soledad me dejes
Sin que tu fanal me alumbre,
Y esa ruín incertidumbre
No me roa el corazón!

Espíritu soberano,
Tiéndeme siempre tu mano,
Y mi afán, mi pensamiento
Endereza el firmamento,
¡Oh espíritu tutelar!
Y en la noche silenciosa
Si brota mi fé dudosa
Alguna plegaria impia,
Con tu aliento de ambrosía
Purificala al pasar.

Ángel cuya sombra adoro,
Cuyo nombre santo ignoro,
Cuyo semblante no veo,
Y en cuya presencia creo,
Y cuya existencia sé,
Muéstrame el camino cierto
De este mundo en el desierto,
Y ¡guai que sin fin no vague
Y con los vientos se apague
La lámpara de mi fé!

A ESPAÑA ARTISTICA.

SONETO.

Torpe, mezquina y miserable España,
Cuyo suelo alfombrado de memorias
Se va sorbiendo de sus propias glorias
Lo poco que há de cada ilustre hazaña,
Traidor y amigo sin pudor te engaña,
Se compran tus tesoros con escorias,
Tus monumentos ¡ay! y tus historias
Vendidos llevan á la tierra estraña.
¡Maldita seas, patria de valientes,
Que por premio te das á quien mas pueda
Por no mover los brazos indolentes!

¡Sí, venid ¡voto á Dios! por lo que queda,
Estrangeros rapaces, que insolentes
Habeis hecho de España una almoneda!

IRA DE DIOS.

EL ANGEL ESTERMINADOR.

En un confin recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Denso y confuso y misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Eden murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó la cóncava techumbre
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
Que aquel recinto por dó quier rodea,
Hace el pavor de quien se acerca doble,
Y doble el caos á quien ver desea;
Solo se alcanza entre las altas puntas
Que el recio vendabal nunca cimbreo
Entre dos torres del alcázar juntas
Un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio, ni profeta diestro
De este sitio alcanzó confusamente
Mas que la lumbre del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,
Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
Que al són de aquellas aguas se adormece,
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece.

Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar dó se guarece
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
La eternidad existe en su memoria:
El solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia:
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,
Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrages del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
Relincha con la voz de la tormenta,
Y allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
El ancho vaso hasta los bordes lleno,
El tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios; y en su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo,
Y de la peste el infernal veneno,
Y el gérmen del relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
El zumo allí de la cicuta hendida,
La sed del tigre que la sangre huele,
Y de la hiena la intencion torcida.
Y allí bálle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios en torpe muchedumbre
Se apiñan á beber la luz caliente
De aquel fanal de cuya viva lumbre
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por dó quier camina
El aire inflaman sus airados ojos
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgredada

EL ESCULTOR Y EL DUQUE.

CUENTO

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA MATILDE
O'REILLY DE ZORRILLA.

Nota del autor á su muger. Empecé la publicación de mis poesías conociéndote, y las concluyo con tu nombre.

Madrid, octubre 10 de 1840.

I.

Año de mas ó de menos,
Si no miente mi memoria,
Mil quinientos veinte y dos
Corren, y una tras de otra
Por la preferencia luchan
Las muy esquisitas obras
Con que un escultor de Italia
Admira á Sevilla toda.
Sin dar tiempo á que se olvide
La fama que uno le cobra,
Reputacion y caudales
Siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
Y siempre el vulgo se asombra
Al ver el nuevo prodigio
De su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
Ni comunidad, por corta
O pobre que sea, á quien
Una efigie no se rompa:
Y habiendo por precision
De buscar quien la componga,
Mas vale hacer otra nueva,
Siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Virgen,
Pero es de mano muy tosca;
Allí un crucifijo, y bueno,
Pero la cruz es muy corta.
Acá un San Juan de rodillas,
¡Cosa estupenda! mas sobran
Dos líneas de la peana
Y nunca bien se acomoda.
Allá hay una Magdalena,
¡Soberbia estatua! ¡gran cosa!
Mas dicen que por desnuda
No es imágen muy devota.
Y así cada cual encuentra
Pretestos que le ocasionan
Del taller del Florentino
La visita rigurosa:
Y así su fecunda mano
Sin darse descanso brota
Para uno un San Aquilino,
Para otro una Dolorosa.

De armas y quejas con estruendo bronco
La guerra detrás de él va despeñada:
Y asidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
Y entolda su magnífica apariencia:
El disco de la luna se enrojece,
Y mancha el sol fulgurante esencia.
Dó quier las nubes que su sombra evitan
Se chocan y se rompen con violencia,
Y cometas dó quier se precipitan
Présagos ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
Y con gigante voz muge y atruena,
La planta de sus piés torna en ceniza
La limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
Pisa en el valle y de fetor le llena;
Y en la ciudad que á perecer destina
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
Lanzó al desnudo Adán del paraiso,
Y de su raza en él junta y culpable
Fijó á la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado
El Dios que de la mancha del pecado
Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
Del pueblo santo ante el becerro impuro;
Sentenció á Baltasar y á Babilonia
Con tres palabras que pintó en el muro:
inspiró al receloso Ascalonita
El degüello fatal, y abrió seguro
Nicho á Faraon, que con su gente habita
Del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
Llevó á Jerusalem á Vespasiano,
En una noche convirtió á Sodoma
En lago impuro y en vapor insano.
Rompió las cataratas del diluvio
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesuvio
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un día,
Y á su voz de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivía.
La creacion se romperá en sus brazos,
Y cuando toque el orbe en su agonía,
Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos
¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

Y no es que maña ó agrado
Emplée, pues fama goza
Que dar crédito pudiera
Al pirata Barbaroja.
Alto, vigoroso, altivo,
Aire audaz, mirada torva,
Barba crecida hasta el pecho,
Aliento recio y voz ronca,
Mejor que artista parece
Bandolero, y mas importa
Guardarse de él, que guardar
Sus estatuas primorosas.
Alcanza fuerzas hercúleas,
Cólera mucha y muy pronta,
Y son de largos sus hechos
Lo que sus frases de cortas.
No se acompaña con nadie,
Ni á nadie contó su historia;
Ni los valientes le arredran,
Ni á los que callan provoca.
Es con las damas cortés,
Y aunque frio con las mozas
No es con ninguna grosero,
Y retrata á las hermosas.
Es largo con los soldados,
Que las armas le enamoran;
Saluda siempre que alcanza
Las banderas españolas;
Y aunque con todos severo,
Jamás los chicos le enojan,
Aplauda á los reboltosos
Y acaricia á los que lloran.
Lo mismo el sayo se ciñe
Que se revuelve la cota,
Lo mismo sacude el mazo
Que sacude la tizona,
Y sin que aperciba grande
Diferencia de uno á otra,
Lo mismo sierra un madero
Como una cabeza corta.
Estrangero, y sin su gente
Que en su lengua le responda,
Que le recuerde sus gustos
O le llore sus zozobras,
Ni conoce gerarquías,
Ni distingue de personas;
Jamás su trabajo lleva
Quien pródigo no le compra.
Ni tiene ni quiere amigos,
Que por esperiencia propia
Sabe que muy raras veces
Los que no cansan, no estorban.
Y si los negros recuerdos
De sus pesares le acosan,
Oscureciéndole el alma
Como tempestades torvas
Que con negros nubarrones
Al són del viento se agolpan,

Con la fatiga del cuerpo
Los duelos del alma ahoga.
Y el pensamiento en Florencia,
La ambicion puesta en su gloria,
Para vivir solo y triste
Todo lo demas le sobra.

II.

En un claustro de un convento.
Como á las tres de una tarde
Hay gran reunion de gente,
Toda atenta y toda grave.
Tornados tienen los ojos
Todos á la misma parte,
Los nobles y el populacho,
Los soldados y los frailes.
De cuando en cuando se escucha
Murmullo y cortadas frases
De los que no han visto y llegan,
Y de los que ven y parten.
Unos dicen ¡brava pieza!
Dicen otros ¡cosa grande!
Y se empujan y encaraman
Los de atrás en los de alante.
Uno alaba los contornos,
Lo leve otro del ropage,
Otra las manos del niño,
Otro el rostro de la madre.
Quién, dice que la cabeza
Es un prodigio; admirable
Dice otro que es la invencion,
Citando reglas del arte;
Y todos al par confiesan
Que ella es de las mas cabales
Obras, que á pública vista
Se han puesto cien años hace.
El que no entiende ve y calla,
Y en ver hace lo bastante,
Que al buen callar llaman Sancho,
Y sobre ver esto baste.
Lo mas que á alguno le ocurre
De los muchos que *no saben*
Es volviéndose á algun monge
Preguntar: « ¿Quién lo hizo, padre? »
A lo que con voz sonora
Dice satisfecho el fraile:
« Se le encargó á un italiano,
¡Y es gran cosa! Bien lo vale. »
Como quien dice — ¡Se compra
Porque no habrá quien lo pague!
Y el vulgo que atento le oye
Se queda á oscuras como antes.
Fuése al fin disminuyendo
La concurrencia, y la imágen
Quedó cercada en el claustro
De unos cuantos personajes,

Y hasta el pórtico salieron
Tras el frio personage,
Que devolvió sus saludos
Con atentos ademanes,
Como quien tal los merece
Y harto en recibirlos hace.
Quedaron en pié los monges
Hasta que volvió la calle,
Y él dió el brazo á un caballero
Que deja que le acompañe.

III.

Cerraba espesa la noche
Fria, y amagando lluvia,
Por lo que aprietan el paso
Y los embozos se cruzan.
Y entre el rumor de sus huellas,
Entrecortada y confusa
De los dos nobles á trozos
La conversacion se escucha.
« ¿Qué os ha parecido, duque?
— Esquisita es la escultura.
— Mucha atencion la pusisteis.
— ¿Lo echásteis de ver? »
— Sin duda.
— Mas de una hora habeis estado
Delante de ella.
— Me gusta;
Y os lo confieso, marques,
A estar hoy en venta pública...
— ¿Eso os detiene? pedidla.
Vos sois en Sevilla...

— Nunca;

Eso fuera prevalerme
De mi posicion, segura
Mi ganancia, y pues los monges
La obra encargaron, ya es suya. »
Siguieron cruzando calles,
Tomando señas en unas,
Equivocándose en otras,
Como quien camino busca;
Y al cabo de muchos pasos
Y equivocaciones muchas
Llegaron frente una casa
De una callejuela oscura.
« Aquí vive, dijo el duque.
— ¿Quién?
— Alabo la pregunta.
— ¿Me habeis dicho adónde vamos?
— ¿No?
— No.
— Pues muy oportuna
Es la ocasion para verlo. »
Y á una violenta y ruda
Aldabonada la puerta
Estremecida retumba.
Oyéronse en la escalera

Todos ellos gente hidalga
Si se exceptúan los padres
Del convento, que les rien,
Y lo que dicen aplauden.
Mas entre todos hay uno
Cuyo exterior respetable
Decoran altas insignias
Civiles y militares,
Que con mirada severa
Y desabrido semblante
Mirando estuvo gran trecho
La escultura venerable.
Y recogidos los párpados,
Fruncido el ceño, fugándose
Las miradas de los ojos
Cual si mucho le pesase
Que sospechen de la estatua
Lo que piensa ó lo que sabe,
Está en situacion confusa,
Difícil, é inesplicable.
Mostrarónle una tras otra
Las bellezas y bondades
De la estatua, lo armonioso
De la escultura y lo fácil;
La espresion y el movimiento
Del conjunto; y de las partes
El desempeño y estudio,
Todo á cual mas estimable.
Mas él á las advertencias
Contestando con señales
De atencion poco espresivas
Contemplábala el semblante.
Y á fé que el de la Madona
Era cosa de admirarse,
Rostro peregrino y bello,
En efígie cuanto cabe.
Representóla el artista,
Sonriendo al tierno infante
Que la colocó en los brazos
A su pecho alimentándose.
Reia el niño y mirábala,
Sonreia ella mirándole,
Y revelaban entrambos
El placer mas entrañable,
El libando de sus pechos
Néctar dulcísimo y suave,
Ella dándole la esencia
De su purísima sangre.
Y en situacion tan sencilla,
Verdadera, é inefable,
Que era imposible sin lágrimas
A sangre fria mirarles.
Por último, anocheciendo
Y necesaria faltándoles
Luz, se apartaron del claustro
Los hidalgos y los frailes.
Cerraron cuidadosamente
La puerta con dobles llaves,

Pasos, y por las junturas
Penetró la luz movable
Con que por dentro se alumbran.
« ¿Quién es? » preguntó dulcísima
Una voz suave que anuncia
Una muger, cuya forma
Aun á la vista se oculta.
« *Hidalgos*, — dijo el de fuera.
— ¿Y á quién los hidalgos buscan?
— Al escultor Torrigiano.
¿Vive aquí?

— Sin duda alguna. »
Se abrió la puerta, y entrando
Los dos hidalgos á una,
Sus dos ánimas quedaron
Estupelactas y mudas.
Y aunque espresion muy diversa
Muestran sus rostros, acusan
Los dos el asombro interno
Con que sus afectos luchan,
Y á fé que asombro merece
Lo que á contemplar se agrupan,
Lo que aun á creer no aciertan
Pasmados de la aventura.
Porque asida al picaporte
Y á la luz trémula y turbia
De una bujía, que al soplo
Del aire brilla insegura,
Delante sus ojos tienen
Bella aparicion nocturna,
De la Madona del claustro
La exactísima figura.
Aquel peregrino rostro,
Aquella trenzada y rubia
Cabellera, aquellos ojos
Que al cielo el color nublan,
Aquella sonrisa de ángel
Tan celestial y tan pura,
Aquellos brazos tornátiles
Y aquellas manos menudas,
Son ¡vive Cristo! las mismas
De la divina escultura,
Y ello será brujería,
Pero ambas á dos son una.
Mirábanse el uno al otro
Los hidalgos, y confusa
Mostrábase ella, su espanto
Sin saber á qué atribuya,
Hasta que el duque el embozo
Bajando, la faz ceñuda
Mostró á la luz, y la niña
Conociéndola se turba.
« ¡Hola! (dijo aquel subiendo)
Mucho de casas te mudas. »
Y ella contestó cerrando:
« Ya veis, Don Juan, que era mucha
La esposicion de vivir
A solas con mi fortuna.

— ¡Hém! dijo el duque lanzando
Una tos seca y profunda,
No es nada tu compañia
Si mucho tiempo te dura. »
Y mascullando otra tos
Que la garganta le anuda
Llegó á una sala cuadrada
Donde el Florentino estudia.

Púsose en pié el escultor,
Y arrimando dos sitiales,
Escusó ceremoniales
Hablando en este tenor.

Torrighiano. ¿A qué fortuna merezco
El honor de esta visita?

Duque. A un señor que necesita
Una obra, y os la ofrezco.

Torrighiano. Acepto, si la sé hacer
A gusto de esa persona.

Duque. Es copia de una Madona
Que habeis concluido ayer.

Torrighiano. ¿El tamaño?

Duque. A vuestro gusto,

Como me la hagais igual,
La semejanza cabal

Es en ella lo que ajusto.
¿Aceptais la condicion?

Torrighiano. Si no es como la prometo

A dárosela me someto
Sin gozar retribucion.

Pero si igual ha de ser,
Francamente os quiero hablar,
Tengo allí que retratar
A mi hijo y mi muger.

Duque. ¡Cómo!

Torrighiano. Tuve ese capricho

En la que ayer concluí,
Y á no ser la estatua así
Es imposible lo dicho.

Duque. ¿Y ese amante desvario
Puedo yo culparos? No.

Haré vuestro gusto yo,
Si vos me cumplís el mio.

Callaron por un momento
Como quien recela ó duda
Y un punto consigo mismo
Su resolucion consulta.
Y el hidalgo y el artista,
Que uno de otro se aseguran,
Al mismo tiempo dejando
Su actitud meditabunda,
Cambiaron como por prendas
De la confianza última
Esta respuesta el hidalgo
Y el artista esta pregunta.

Torrighiano. Pues que no anduvimos parcos
De esplicaciones los dos,
¿Me direis si es para vos?
Duque. Llevádsela al duque de Arcos,
¡Que no os pesará por Dios!

IV.

Y yendo y viniendo días,
Y sin tregua el escultor
Trabajando, á los cuarenta
La Madona se acabó.
Copia completa y exacta
De la Madona anterior,
Hija de la misma mano
Y la misma inspiracion.
Cifra en que el fogoso artista
Su cariño formuló,
Fué el suspiro postrimero
Que exhaló su corazon.
Porque el arte es un amigo
Benigno y consolador
Que paga con un instante
Muchos años de afliccion.
Es un suave y encantado
Y aromático licor
Que el brio rejuvenece
De la perdida ilusion,
Que provoca el entusiasmo,
La esperanza y el amor,
Y vuelve á encender el fuego
De la fé que se apagó.
Es un bálsamo escondido
Del ánima en un rincon,
Que cicatriza las llagas
Que la desventura abrió.
Y hay un sacro y absoluto
Momento de bendicion
En que el placer del artista
Lo concibe solo Dios.
Pues no halla la mariposa
Con tanto gusto una flor,
Ni ha una floresta el ave
Que de la jaula escapó,
Ni halla afanada la abeja
La miel de que vaga en pos,
Ni halla el misero cautivo
La luz que ver no esperó,
Con tan intensa y tan pura
Celestial satisfaccion
Como halla el cansado artista
Lo que él á solas creó.
Es un sueño venturoso
Que en alas de la ilusion
Muestra el alma un ignorado
Paraiso encantador.
Es el beso de una madre
Al hijo que le nació,

Por cuya vista ha sufrido
Largas horas de dolor;
Que le ama mas, cuanto mas
La cuesta su posesion;
Y... no hay simil de ambas cosas
Mas exacto ni mejor.

Y pues su linda Madona
Torrighiano concluyó,
En ese cielo del arte
Dejemos al escultor.

A la mañana siguiente
La preciosísima efigie
Esperaba al duque de Arcos
Que acabara de vestirse;
Y mientras miran y admiran
Lacayos y ministriles
La verdad y la hermosura
De la inanimada Virgen,
En la retirada calle
Donde el Torrigiano vive
Está pasando otra escena
Que no es justo que se olvide.
Dejemos al noble duque
En armas y amor insigne
Que la divina escultura
Enamorado acaricie:
Dejemos al Florentino,
Que de su mano recibe
Repleto saco, que augure
Horas tras su afan felices;
Y entrémonos en su casa,
Donde su amorosa Tisbe
Está á la reja esperando
Que dé la vuelta el artifice.
No se sintió por su ausencia
La esposa nunca tan triste,
Ni de su inquietud secreta
La estraña razon concibe;
Mas su ardiente pensamiento
Mil sobresaltos la finge,
Y el corazon con mil ansias
No acierta qué vaticine;
Y ello es un hondo misterio
Y un arcano incomprendible,
Mas tiene presentimientos
El corazon infalibles.
Mirando estaba impaciente
De la calle los confines
Por ver si llega mas pronto
O mas pronto le apercibe.
Cuando un hombre que acerca
Rápido, con mano firme
Tira un papel por la reja
Y contestacion la pide.